

LOS YARURO. INFORME ETNOGRAFICO I.

por Pilar Romero de Tejada

Este artículo es una pequeña parte de un trabajo de investigación más amplio que se está realizando bajo el título de *Los indios de los Llanos de Venezuela y Colombia*, en el que se intenta ver: Primero, los cambios producidos en la cultura de estos grupos desde la conquista española hasta nuestros días y las adaptaciones que se han hecho. Segundo, las causas de la desaparición de la mayoría de estos grupos. Tercero, la situación de los grupos que quedan.

Uno se puede preguntar el porqué de la elección de los Yaruro; a esto se pueden dar varias respuestas, pero las principales son: Primera, los Yaruro es uno de los pocos grupos que quedan en la actualidad en los Llanos. Segunda, pueden obtenerse datos de trabajos de campo realizados en estos últimos años y compararlos con los pocos datos que hay de la época colonial. Tercera, su pronta desaparición por el avance de los «llaneros».

El método utilizado para realizar este trabajo ha sido el etnohistórico, comparando las informaciones dadas por los misioneros, principalmente del siglo XVIII, con las informaciones obtenidas de los trabajos de campo, que como dijimos anteriormente se han realizado en estos últimos años. Con esta

comparación se ha intentado resolver algún problema ya planteado en otros trabajos, como es el de la agricultura. Hemos de hacer referencia que al ser el artículo un avance de un trabajo mayor, solamente se ha utilizado documentación ya publicada y no se han revisado los archivos, principalmente el de Indias, que queda para una etapa posterior de la investigación.

A los Yaruro se les conoce en las fuentes con diversos nombres, el de Yapuín (Gilij, 1965, I, p. 27 y Humboldt, 1962, p. 877), también se les da el nombre de Çaruros (Carvajal, 1956) y Saruros (Gumilla, 1741, p. 186). Entre ellos se conocen con el nombre de *pumes* o *pumeh*, que significa «los hombres» (Petrullo, 1939, p. 1969 y Le Besnerais, 1948, página 13).

Están localizados en diferentes lugares del actual estado venezolano del Apure. La primera noticia recogida sobre los Yaruro es la de Fray Jacinto de Carvajal (1956, p. 155), que los sitúa en una y otra orilla del Apure; Rivero (1956, pp. 47 y 243) los coloca en el Orinoco y en el Sinaruco, sin especificar la orilla en ninguno de los dos ríos; Gumilla (1741, página 186) escribe que «... entre el río Synaruco, y Meta se formaron las colonias de... la Nación *Sarura*...»; Caulin (1966, I, pp. 116 y 118) dice que están entre los ríos Vita y Mina, a orillas del Orinoco y también entre este último y el Apure; Gilij (1965, I, p. 67) dice que el Sinaruco está habitado por los Yaruro. Humboldt durante su viaje también recogió noticias de éstos y los localiza más abajo del Apurito, en la orilla derecha del Apure (Humboldt, 1962, p. 877). Estas localizaciones son de la época colonial, pero también hay datos actuales, Petrullo, que realizó su investigación de campo en el año 1934, dice que «... vagan arriba y abajo de los ríos Capanaparo y Sinaruco...» (Petrullo, 1939, p. 169). Kirchhoff (1948, p. 456) los sitúa a orillas del Capanaparo y también del Sinaruco; Le Besnerais, que también ha llevado a cabo un trabajo de campo entre ellos, nos dice «... habitan las orillas del Capanaparo, desde su desembocadura hasta su confluencia con el caño Caribe...» y además «... pueblan las orillas de otro afluente del Orinoco, el Cinaruco...» (Le Besnerais, 1948, pp. 12 y 13). Por último, Leeds infor-

ma de que «... en los ríos Arauca, Cunaviche, Alto Capanaparo, Riecito y Sinaruco hoy se encuentran Yaruros...» (Leeds, 1964, p. 157).

Analizando todos los datos obtenidos de los diferentes autores, desde una de las primeras penetraciones pasando por toda la época colonial hasta nuestros días, podemos ver que no se han trasladado lejos de los lugares principales. Lo que ha sucedido es que han desaparecido muchos de los núcleos de población, mientras que han permanecido otros.

La mayor movilidad de estos grupos, pero una movilidad forzosa, es la que se produce, principalmente durante el siglo XVIII, primero con los jesuitas y después de la expulsión de éstos con otras órdenes religiosas, a causa de las reducciones que se formaron. Estas reducciones son pueblos fundados por los misioneros, siguiendo un plan preestablecido, a los que se llevan diferentes grupos de indios. Tenemos el ejemplo de la reducción del Raudal formada por Yaruros, Aures y Maipures. Otras veces se forman con un sólo grupo, como es la reducción de San Borja sólo de Yaruros.

Se construían unas casas, una iglesia con vivienda para el misionero, aunque frecuentemente no estaba, pues iba de una reducción a otra. Sin embargo, iniciaba a los indios en las técnicas agrícolas con la introducción de nuevas plantas cultivables, generalmente más rentables, y formaba hatos de ganado, ya que todo ello se utilizaba como fuente de comercio por los misioneros y de esta forma obtenían algunos beneficios. Estas reducciones, generalmente, tenían una existencia muy corta, se deshacían por varias razones, principalmente por el ataque de otros grupos indígenas enemigos, especialmente los Caribe, estos ataques llevaban consigo la huida de los indios a otros lugares menos accesibles; también a causa de las epidemias que producían siempre una gran mortandad. Ahora bien, algunas veces eran los mismos misioneros quienes los trasladaban de lugar buscando uno más apropiado. Según Gilij, en el río Anaveni «... tuvieron sus aldeas los Yaruros, siendo su misionero el P. Olmo. Mas habiéndose comprobado después de algunos años que el sitio era insalubre, los transportó Forneri a la orilla de enfrente en las cercanías de la cascada de Atavaye... Tampoco este sitio resultó salubre,

y el P. Mellis, sucesor de Forneri, llevó de nuevo a los Yaruros a un sitio distinto, mas no demasiado lejano del primero» (Gilij, 1965, I, pág. 59).

Sin embargo, veremos más adelante que, a causa de la condición del habitat y de las actividades de subsistencia, los Yaruros se trasladan de una parte a otra de su territorio en una migración estacional.

Sobre la demografía de los Yaruros en la época colonial existen muy pocos datos. Son datos muy poco concretos y generalmente haciendo referencia a varios grupos a la vez, no pudiéndose apreciar de una forma correcta las oscilaciones demográficas que hayan podido suceder, ni ver el índice de natalidad y mortalidad.

Tenemos la cifra de 300 almas para la reducción de San Borja, formada sólo por Yaruros, esta cifra la dan dos fuentes diferentes, Alvarado (1966, p. 320) y Caulin (1966, I, página 118), y nos hace pensar que es una cifra aproximada el que no se haya producido ningún cambio importante entre los doce años de diferencia que hay de un dato a otro, teniendo en cuenta lo difícil que era mantener en las reducciones a estos indios, y lo fácil que era que sobreviniera una gran mortandad a causa de cualquier tipo de epidemia. Gilij dice que «... sumadas todas las sobredichas tres naciones», Guahibos, Chiricoas y Yaruros, «son quizá cinco mil...» (Gilij, 1965, I, p. 134). Por otra parte, Cortés Madariaga da unos datos sobre dos parcialidades, en la de Búral sólo hay 23 personas (Cortés, 1964, p. 515) y a continuación dice que «... la parcialidad de Cariben... se compone de 160 personas de ambos sexos, y de todas edades» (Cortés, 1964, p. 518). Ahora bien, es casi imposible localizar en la actualidad estas dos parcialidades por la falta de datos.

Sobre la demografía actual existen más datos, que son algo más concretos, aunque faltan para algunas zonas. Petruillo solamente da cifras para los Yaruros del río Capanaparo, «Hay 150 Yaruros separados en la región del Capanaparo y en una isla en la boca de este río llamada Linda Bara...» (Petruillo, 1939, p. 175). Kirchoff (1948, p. 456) también da la cifra de 150 a orillas del Capanaparo. Por último, tenemos datos más exactos, no sólo por la cifra, sino de

cómo se reparten, que proceden del trabajo de campo hecho por Le Besnerais durante los años de 1949 a 1950. Según Le Besnerais, «Sobre el Capanaparo y sus afluentes, con excepción de uno de los últimos, el 'Riecito'..., he contado 450 Yaruros, o sea, aproximadamente 200 hombres, 150 mujeres y 100 niños de los dos sexos...» (Le Besnerais, 1948, página 13). En un artículo posterior aporta cifras para el Riecito. «Sobre el Capanaparo y el Riecito hemos censado 519 Yaruros. Los dos tercios (65,1 por 100) de esta población son adultos... y el resto (34,9 por 100) niños no púberes...» (Le Besnerais, 1954, p. 117).

El estado del Apure, donde está localizado el habitat de los Yaruros, es uno de los estados llaneros de Venezuela, junto con el de Barinas, Portuguesa, Cojedes, Guárico, Anzoátegui y Monagas. Los llanos abarcan casi una tercera parte de la superficie total del país. Podemos decir que casi todos ellos están cubiertos por un tipo de vegetación de sabana, sin embargo, hay una parte en la que se encuentran diferentes tipos de bosque, destacando el de galería.

La parte de los llanos donde se localizan los Yaruros está regada por varios ríos: Cunaviche, Arauca, Capanaparo, Sinaruco, Apure y Meta, todos ellos con parte de sus afluentes. Esta zona tiene muy pocas variaciones en el relieve, con curvas de nivel muy bajas. Es importante destacar que hay dos estaciones muy marcadas, una a la que podemos llamar estación seca, llamada también verano, que va desde el mes de noviembre hasta el mes de abril, durante la cual los llanos sufren una fuerte sequía y se convierten casi en un desierto, solamente con alguna vegetación en las orillas de los ríos y de las corrientes. La otra estación es la de lluvias, que corresponde al invierno llanero, y va desde el mes de mayo hasta noviembre, con fuertes precipitaciones, alcanzando la máxima pluviométrica durante el mes de julio. Durante esta época se inundan una gran parte de los llanos, dando origen a una extensa vida vegetal y animal. La precipitación anual es de 1.000 a 2.000 mm.

Dentro del clima llanero destacaremos que la temperatura no sufre grandes variaciones a través del año, es una temperatura bastante uniforme, siendo la media anual de 26

a 28 grados. Sin embargo, se producen fuertes oscilaciones de temperatura, pero éstas tienen lugar dentro de las veinticuatro horas del día, alcanzándose temperaturas muy altas durante el día, para bajar bruscamente durante la noche.

Hoy día en los llanos se encuentra una gran parte de la ganadería, principalmente vacuna, de Venezuela, y esto ha hecho que se hayan convertido en grandes extensiones de pastizales, que están en manos de grandes hacendados. Los llaneros para obtener un mayor rendimiento de los pastos hacen una quema controlada de éstos a principios de la estación de las lluvias, consiguiendo de esta forma suaves retoños para el ganado. Estas sabanas de pastizales están cubiertas por una vegetación de gramíneas, aunque también se encuentran árboles y, frecuentemente, a las orillas de los ríos hay grandes cantidades de palmerales, de diferentes tipos de palmeras, principalmente palma moriche y macanilla.

La fauna es extensa y variada, de la que los pocos indígenas que quedan se abastecen para su alimentación, destacando venados, jaguares, dantas, tapires, caimanes, tortugas y gran variedad de peces y aves.

Las características estacionales de alternar una estación seca con otra de lluvias, propio del trópico, que originan o unos llanos casi desérticos o cubiertos de agua por la inundación, producen una variación importante en las actividades de subsistencia de una estación a otra. Es decir, las actividades de subsistencia están en función de las estaciones, y, por lo tanto, la cultura está fuertemente influenciada por la variación estacional y las condiciones del habitat.

Las descripciones de la época colonial que hay sobre su apariencia física son escasas y confusas. Gilij dirá que «... Generalmente las naciones más próximas al Orinoco» y en ellas introduce a los Yaruro «... son más morenas, y más blancos los habitantes de las espesuras del interior y de los montes...» (Gilij, 1965, II, p. 50). Es una descripción bastante vaga, aunque Humboldt posteriormente la amplía algo más, «... tienen ciertos rasgos de la fisonomía falsamente llamada tártara, pertenecientes a ramas de la raza mongola. Tienen el mirar severo, los ojos muy oblicuos, los pómulos salientes, pero la nariz es prominente en toda su longitud...»

(Humboldt, 1962, p. 877). Por último encontramos otra descripción muy general dada por Cortés Madariaga, «... su talla es corpulenta y bien constitucionada: sus facciones irregulares en hombres y mugeres; su tez es aceitunada...» (Cortés, 1964, p. 515).

Petrullo y Le Besnerais los datos que dan están referidos principalmente a la estatura y a algunos caracteres somáticos. Tienen un promedio de estatura de 1,60 metros para los hombres y 1,50 metros para las mujeres. «Son pequeños y morenos, con una fuerte apariencia mongoloide. Las caras son gruesas, anchas, con los ojos mostrando frecuentemente el pliegue mongoloide...» (Petrullo, 1939, p. 176). Según Le Besnerais, «... tienen la piel oscura y sin vello, sus cabellos son negros, gruesos y lisos, sus ojos de color marrón y su fisonomía es mongólica muy acentuada...» (Le Besnerais, 1948, p. 13). De estas breves descripciones podemos deducir que son del tipo amerindio, aunque se ha producido un fuerte mestizaje, no sólo con otros grupos indígenas, sino también con españoles y negros.

Actividades de subsistencia.

Leeds, en su artículo publicado en 1964, está en total desacuerdo con algunas de las conclusiones obtenidas por Petrullo durante su investigación. Uno de los puntos que más nos interesa ahora es en el que Petrullo (1939, p. 138) afirma que los Yaruro «... no practican la agricultura...». Kirchhoff (1948, p. 456) también lo niega, sin embargo, hace referencia a Gilij, «... los Yaruros en los tiempos de verano, contra la costumbre de otros indios, comían hermoso y fresco el maíz... de parcelas de tierra que en los tiempos de lluvia se inundan...» (Gilij, 1965, II, p. 276), afirmando Kirchhoff que comían así el maíz porque era una adquisición reciente. Pero debemos creer, como Leeds (1964), que los Yaruro, acostumbrados a los ataques de Guahibos y Chiricoas, y también de Caribes, que lo arrasaban todo, lo comían de esta forma para no tener que guardar las cosechas. Le Besnerais (1948) dice que únicamente son recolectores y cazadores, aunque en

un trabajo posterior afirma que «... practican igualmente la agricultura...» (Le Besnerais, 1962, p. 8). Leeds (1964) pone de manifiesto que tienen agricultura y que además no es una adquisición reciente, y si Petrucco no la vio fue por varias razones: Primero, sólo se limitó a la zona del Capanaparo, donde es más pequeña el área de tierra cultivable a causa de las inundaciones, que en el Sinaruco, Cunaviche y Arauca, y también, según Le Besnerais, porque «... Abí en el Capanaparo no trabajan la tierra, o por lo menos muy poco; aparentemente por motivos ligados a la proximidad de los campesinos venezolanos, como: prohibición por parte de estos últimos que, con o sin título, son dueños del terreno, riesgos de destrozos por el ganado en libertad o simplemente empleo en las granjas en calidad de peones que no tienen tiempo de cultivar el suelo.» (Le Besnerais, 1962, p. 9). Segundo, otra razón es que Petrucco realizó su investigación durante la estación seca y durante esta época es mucho más importante la caza y la recolección que la agricultura. Tercero, asimismo, porque no pudo recorrer todo el territorio a causa de una enfermedad en los pies y no pudo ver las parcelas que generalmente están situadas en los lugares altos.

Leeds (1964), una vez que afirma la existencia de la agricultura entre los Yaruro, plantea el problema de que si es una adquisición reciente, época de la conquista, o anterior por influencia de los Arawak, y entonces los Yaruro pertenecerían a un nivel más elevado de cultura y por una serie de invasiones se deculturaron en la época postconquista. Para intentar resolver este problema hay que utilizar los datos arqueológicos, lingüísticos e históricos. En el trabajo de investigación del que forma parte este artículo intentaremos resolverlo utilizando todos los datos posibles; en este artículo, sin embargo, solamente utilizaremos los datos históricos.

La primera noticia que hay sobre la agricultura de los Yaruro, la da Fray Jacinto de Carvajal, «... saliendo la jente de seruiçio a solicitar leña para los ranchos, hallo unas matas de alissos, de que estauan guarneçidos sus marjenes y la playa toda, cantidad de maiz carriaco, uno desgranado, como sus tuças y hojas, y el uno y otro constituydo en unos cañigos de cañas brauas, si prolongadas por parejo como muy tejidas,

y junto los extremos y amarrados con criskejas de damahaguas, que son corteças de arboles, venían a conservarse en estos cañigos a dos y a tres fanegas en cada uno, tejidos los extremos o puntas de ambas partes con la misma damahagua» (Carvajal, 1956, p. 125), más adelante continúa «... Las labranças de aquestas naciones [incluye en ellas a los Yaruro] todas se prolongan y explayan de manera por la una vanda y otra del río mas de 15 leguas contiguas...» (Carvajal, 1956, página 155). «... assi de maycees, platanos muy prolongados, con mas espaciassos cañaverales de cañas dulçes, tauacales, batatales...» (Carvajal, 1956, p. 155). Estos datos fueron obtenidos en el descubrimiento del río Apure, aunque hay referencias de un descubrimiento anterior, que solamente fue una penetración y no un asentamiento prolongado que es lo que permite la introducción y adaptación de nuevas formas de cultura. Hay que objetar a Carvajal que el maíz, tabaco, etcétera, pueden ser anteriores a la llegada de los españoles, pero los plátanos y la caña de azúcar no son de uso precolombino (1).

Según Alvarado, «... aprovechan para sus labranças de maíz los montes y anegadizos inmediatos a los caños, y para las de yuca abrazan ambas orillas...» (Alvarado, 1966, página 320). Gilij relata cómo los lugares húmedos son el sitio ideal para la siembra. «... El [abate José M.^o Forneri] para ventaja de ellos hizo cortar de propósito las selvas, quemadas a su debido tiempo, y después sembrarlas de aquellas cosas que sufre la calidad del terreno y he aquí la manera.

El mes de diciembre, es decir, dos meses después de haberse retirado el río se cortan los árboles... y por esta estación, después de haberlos quemado, no se piensa en más. El largo tiempo que hay desde el mes de mayo a junio, cuando comienza la inundación, hasta el de septiembre, en que baja, el terreno así preparado está continuamente debajo del agua, y entre las cenizas que han quedado de quemarlo, y el cieno elevado por la inundación del río, se vuelve fecundí-

(1) Cf. la nota de Miguel Acosta Saignes a la Relación del Descubrimiento del Apure (p. 155).

simo. Hacia el fin de septiembre, o también en los principios de octubre, esto es, cuando el río ha bajado del todo y se ha secado convenientemente el terreno, se piensa en sembrarlo y en poner los granos, o bien los frutos o raíces que pueden nacer en el espacio intermedio entre una y otra inundación» (Gilij, 1965, II, pp. 276-277).

Vemos que se comienza la siembra a finales de la estación de las lluvias, y que el período de crecimiento es en la estación seca, pero en lugares donde tiene que haber cierto grado de humedad para facilitar el crecimiento de las plantas. Durante esta etapa se debían dedicar a las otras actividades de subsistencia, como ocurre actualmente.

En la actualidad el tipo de agricultura que se hace es el de roza, la tala y quema de los árboles para preparar el terreno, formando pequeñas parcelas que generalmente están alrededor de las viviendas. Según Leeds, hay «... una rotación paulatina de parcelas para permitir la renovación del suelo y el control de la mala hierba...», pero «... no se hace ni fertilización, ni terrazas, ni drenaje, ni regadío...» (Leeds, 1962, p. 599). Las únicas herramientas que se utilizan son «... el machete y el palo plantador...» (Leeds, 1960, p. 2). El machete es un producto de la aculturación de los granjeros venezolanos y se los dan a cambio de algunos trabajos hechos en las granjas. Leeds continúa diciendo que «... La cosecha principal es la mandioca amarga (*Manihot utilissima*), en diferentes variedades, aunque también se plantan, [asimismo] en diferentes variedades, la mandioca dulce (*Manihot aipi*), maíz, bananas, caña de azúcar —cada una en diferentes variedades— y un número menor de cosechas, como melones, calabazas, piñas, patatas dulces...» (Leeds, 1962, página 599).

El trabajo más pesado, como es el de la preparación de las parcelas, la tala y quema de los árboles, son trabajos que hacen los hombres, mientras que las mujeres ayudan a la siembra y a la cosecha. Pudiendo «... los hombres trabajar solos, en grupos de 2 ó 3... Los grupos de trabajo de las mujeres... son de tamaño semejante...» (Leeds, 1960, p. 2).

La recolección de raíces, semillas, frutos, etc., tiene tanta importancia o más que la agricultura, ya que por medio de

ella se proveen de los principales alimentos vegetales, así como de otras materias que utilizan para la manufactura de sus artesanías.

Esta adquiere una mayor relevancia en la estación seca que en la de lluvias, y esto lo confirma Leed, que dice «... En la estación seca hay un marcado incremento en la recolección, particularmente de raíces y semillas...» (Leeds, 1962, p. 602). También lo afirma Le Besnerais, «... los huevos de tortuga y de cocodrilos que desentierran durante la estación seca, de los nidos de la sabana o de las arenas de las playas y la miel... que van a recoger en los huecos de los árboles.» (Le Besnerais, 1948, p. 17).

Las principales raíces que se recolectan son «... el guapo, el barbasco, el changuango, que las mujeres desentierran en las sabanas...» (Le Besnerais, 1948, p. 17) y también recogen «... las semillas de la chigua...» (Kirchhoff, 1948, página 457). Además de las raíces y semillas hemos visto que recogen miel de abejas, huevos de tortuga o cocodrilo, de los cuales posteriormente elaboran un aceite que es muy apreciado por sus diferentes usos.

Generalmente la recolección la hacen las mujeres acompañadas de los niños, y para ello utilizan «... el palo plantador, que consistía en un mango de madera de 1 a 1,25 metros de largo, teniendo el mango una azada de hierro... Sin embargo, esta herramienta es casi un lujo y son más comunes los palos aguzados» (Petrullo, 1939, pp. 207-208). Con este palo desentierran las raíces que se encuentran escondidas. Además del palo plantador es indispensable algún recipiente para transportarlas y esto se hace en costos. Según Kirchhoff, «... los cogollos y frutos de los árboles de palma (macanilla y moriche) generalmente se recogen por los hombres» que asimismo recogen «... los huevos durante sus expediciones de caza...» (Kirchhoff, 1958, p. 457). Estas son las únicas excepciones en las que los hombres toman parte en las tareas de la recolección y generalmente es cuando los frutos que han de recogerse tienen un acceso difícil para las mujeres.

La caza es una de las actividades de subsistencia más importante entre los Yaruro, es la fuente principal de abastecimiento de carne, aunque sea más importante la dieta vegetal

que la animal. Petruillo hace referencia a la paralización de la caza en el interior, «... La caza de los animales terrestres ha sido prácticamente paralizada por miedo de que fueran acusados por los rancheros de matar al ganado...» (Petruillo, 1939, p. 200), y por esta razón únicamente se caza en las riberas de los ríos. Pero también hace referencia a la desaparición de ésta y la causa que la ha producido, «... las actividades de los cazadores de cocodrilos han destruido sin piedad la caza, y desde que tales cazadores viven en el país han consumido una parte de la cantidad de caza disponible sobre la que los Yaruros dependen para su subsistencia» (Petruillo, 1939, p. 200). Sin embargo, en los trabajos realizados posteriormente por Le Besnerais y Leeds no se menciona para nada esta desaparición y se le sigue dando a la caza una gran importancia.

Los animales que principalmente se cazan son el venado, el manatí, el armadillo, la iguana, los cocodrilos y las tortugas. «... Los pájaros se cazan muy raramente...» (Petruillo, 1939, p. 201), aunque Leeds nos describe un tipo de flecha especial para esta caza.

La caza se hace exclusivamente con arco y flecha, y no se utilizan ni trampas, ni redes, ni cercados. Ahora bien, Petruillo (1939, p. 203), Kirchhoff (1948, p. 457) y Le Besnerais (1948, pp. 16-17) dan la descripción de la caza del venado por acecho. El cazador se camufla pintándose el torso de blanco y pegándose plumas o bien poniéndose una especie de manto del mismo color, cuando pueden conseguirlo de algún llanero. Utilizan también para cubrirse la cabeza una máscara o gorro que tiene un pico tallado y que imita a un tipo de cigüeña. Disfrazados de esta manera van avanzando lentamente hacia el animal, imitando los movimientos del ave y de esta forma se acerca a él sin asustarle para poder disparar mejor la flecha, aunque frecuentemente se falla.

«... Para los cocodrilos, generalmente, se utiliza un palo duro aguzado en ambos extremos y cebado con una gran pieza de carne. Los cocodrilos se tragarán el palo, y si está atado a un grueso alambre, es un medio excelente de capturarlos...» (Petruillo, 1939, p. 206), asimismo «... pueden cazarse con anzuelos de acero excesivamente pesados y una

cuerda fuerte...» (Leeds, 1962, p. 600). Según Le Besnerais, para cazar las tortugas se utiliza «... una flecha con la punta desprendida ligada al asta por una cuerda larga. El animal, herido, se sumerge, llevándose consigo la punta de la flecha. El asta queda flotando y permite entonces cobrar la presa...» (Le Besnerais, 1948, p. 16). Petruccio (1939, pp. 202-203) describe el mismo método, pero utilizando una flecha barbada, para la caza de tortugas y cocodrilos.

Generalmente la caza se hace individualmente, a excepción de la caza de tortugas y cocodrilos, que como suele hacerse desde las canoas, van dos hombres, uno para remar y otro para cazar.

Otra de las actividades económicas es la pesca, aunque, según Petruccio, se recurre a ésta «... cuando no se obtienen ni cocodrilos ni tortugas...» (Petruccio, 1939, p. 200). También hay que decir que «... en la estación seca se incrementa la pesca porque las aguas son más superficiales, hay menos hierbas y menos lodo de la erosión, que impide ver los peces...» (Leeds, 1962, p. 602).

Se pescan todos los peces aprovechables y la técnica utilizada es la del arco y la flecha, aunque se usen anzuelos y ganchos. La forma más simple de anzuelo «... debe ser de hueso o madera. Mide 15 cms. de largo...» (Petruccio, 1939, página 206). Asimismo, «... una flecha puede utilizarse muchas veces como lanza, clavada repetidamente en las aguas herbosas cerca de las orillas de los ríos...» (Leeds, 1962, página 600). La pesca, al igual que la caza de animales acuáticos, se hace desde la canoa, «... el pescador se pone de pie sobre la proa de la canoa que es gobernada en la posición apropiada por su compañero remando en la popa. Cuando el pescador está casi sobre el pez dispara su flecha...» (Petruccio, 1939, p. 203), sin embargo, en la caza de animales acuáticos se sienta en la proa.

Según Leeds, «... también se encuentra el cebo. Un hombre puede pescar desde una plataforma construida atando troncos horizontalmente a dos árboles y después disparando desde la orilla de las charcas inmóviles de una corriente en la que se ha arrojado un palo con un cebo atado...» (Leeds, 1962, pp. 600-601), pero creemos que esto no es una costum-

bre generalizada, ya que es el único dato encontrado. Leeds también hace referencia (1962, p. 601) a que él no ha visto la utilización del veneno barbasco para la pesca, aunque Thomas Roots le comunicó personalmente que él sí había visto dicha utilización por algunos Yaruro. Sobre esta afirmación habría que poner una interrogación, pues ni en las fuentes de la época colonial, ni en las actuales se encuentra alguna referencia a la utilización del veneno por los Yaruro.

Hasta tiempos muy recientes no se conocía la cría de animales domésticos, ni su utilización. Petrullo (1939, p. 198) y Kirchoff (1948, p. 458) dicen que solamente conocen el perro. Sin embargo, Le Besnerais (1948, p. 17) afirma que tienen cerdos y gallinas, y Leeds (1962, p. 600) que tienen cerdos, aunque su cría no la hacen de una manera sistemática, teniendo a los cerdos casi todo el día en terrenos de forraje. Hay varios rebaños de diferentes tamaños.

Kirchoff hace referencia a un vivero de tortugas en aguas mansas para utilizarlas en el futuro, «... las patas traseras se atan a las delanteras, o se amarran a las canoas por medio de cuerdas que pasan a través de los agujeros perforados en sus caparazones...» (Kirchoff, 1948, p. 458).

Actualmente, como consecuencia de la instalación de granjas y hatos de ganado en los llanos, trabajan frecuentemente como peones por un jornal muy pequeño o por mercancías, como pueden ser machetes, mantas, bebidas alcohólicas, etc.

Dieta.

La dieta está compuesta de casi todos los productos vegetales que se recolectan, así como de la carne de los animales que cazan, principalmente el cocodrilo, y de algunos peces. No comen ningún alimento crudo, con la excepción de alguna fruta, los cuecen o asan al fuego y además los preparan sin sal y sin ningún condimento. Ahora bien, como la sal es necesaria para el organismo, Petrullo (1939, p. 214) y Le Besnerais (1948, p. 17) hacen referencia a la forma que tienen de obtenerla y es masticando la arcilla que recogen por los llanos. Podemos decir que es un tipo de geofagia, diferente al que tenían sus vecinos los Otomaco, ya desaparecidos, pues

éstos comían la arcilla preparada y cocida durante la época en que había una gran carestía de alimentos.

Encontramos que hasta la dieta está marcada por la diferencia estacional, ya que son diferentes los alimentos que se comen, principalmente los vegetales, de una estación a otra. En la estación seca la dieta está compuesta del changuango, frutos de la palma macanilla, palmitos, etc., mientras que en la de lluvias son las semillas de chigua, el barbaseco, los frutos de la palma moriche, etc.

No se almacena ningún alimento a excepción del changuango, «... durante la estación seca dejan víveres de changuango en varios bancos de arena. Cavan hoyos donde colocan las raíces. Entonces se rellena el hueco... no se colocan señales en ninguna parte. Pero si esperan retrasarse, o el banco de arena es tan grande que pueden olvidar el sitio, clavarán un palo en el suelo a alguna distancia ...» (Petrullo, 1939, p. 214), y las semillas de chigua, «Durante la estación lluviosa se recolecta la semilla de chigua. Se machaca, se tuesta, y almacena en pequeñas cantidades de la misma manera que el changuango, con tal que el lugar se encuentre alto...» (Petrullo, 1939, p. 215).

En lo que se refiere a la preparación de bebidas alcohólicas, hay una descripción muy interesante de la época colonial, dada por Giliij, sobre la forma de preparar la chicha de maíz. «A las mujeres, como yo decía, corresponde prepararla. Ellas, después de machacar en morteros de madera el maíz, y después de colocarlo en los manares, lo cuecen en grandes ollas a modo de polenta líquida, para después volverlo a poner en orzas destinadas a esto. Fermenta en éstas y primero se pone fuerte y luego agría si no se bebe pronto.

Pero la fortaleza que logra con la fermentación la chicha, esto es aquella masa líquida, a la cual al ponerla en cántaros se añade también agua fresca, esta fortaleza digo, no es nada agradable por sí misma, sino áspera y repugnante. Para hacerla agradable y de sabor picante hace falta, digámoslo así, una especie de levadura, la cual es de dos clases...

... he aquí la primera. Se cuecen aparte algunas patatas, que como dijimos son dulces, se majan en un mortero de madera, y después que se enfría la polenta... se mezclan den-

tro, y le dan un sabor que muchos estiman... No es inferior el que le comunica la levadura india...

Mientras se cuece por las indias la indicada cocción, están al lado de ellas otras dos mujeres, jóvenes por lo general, las cuales a dos carrillos mastican grano de maíz para llenar una totuma, la cual se vacía después, y se mezclan dentro de la olla, como dijimos, batatas cocidas y machacadas...» (Gillij, 1965, II, pp. 243-244).

Durante las sesiones shamanísticas, los shamanes beben una mezcla fermentada de maíz o mandioca con agua, y Petruccio (1939, p. 251) dice que también beben ron cuando lo pueden obtener de los llaneros. Asimismo, el uso de narcóticos está únicamente confinado durante estas sesiones.

Vivienda.

También la vivienda entre los Yaruro está en función de las dos estaciones; en la estación de las lluvias es una vivienda más permanente, mientras que en la seca es simplemente un refugio para protegerlos del sol y los insectos. Según Petruccio, «... el refugio para el día en la estación seca se compone de ramas clavadas verticalmente en las arenas...» en cambio «... por la noche se cavan hoyos en la arena y se tienden en ellos, protegiéndose de los vientos por un abrigo de ramas...» (Petruccio, 1939, p. 211). Para la estación de lluvias se construyen viviendas más permanentes que «... generalmente es una baja estructura hemisférica cubierta con hojas de palma que llega hasta aproximadamente 60 cms. del suelo, dejando el interior abierto a los vientos...» (Petruccio, 1939, página 211).

Le Besnerais (1948) hace también referencia a un simple abrigo de ramas para la estación seca, mientras que para la estación de las lluvias hay unas chozas redondas. Ahora bien, en un trabajo posterior menciona la existencia de tres tipos de vivienda, dos que se utilizan en la estación lluviosa y otro en la seca: «El primer tipo es una casa recta con base rectangular (a veces ovalada) de 3 a 4 metros de ancho sobre 5 a 7 metros de largo y 3 a 4 metros de alto, sin tabiques y cubierta de un techo de hojas o de palma a dos aguas,

abierto o cerrado en uno de los extremos y que protege de las lluvias. Se construye sobre el suelo en las orillas altas que no alcanzan las inundaciones de la estación de lluvias.» (Le Besnerais, 1954, p. 116).

«El segundo tipo es una pequeña choza baja (un hombre no puede tenerse en pie) con base redonda u oblonga igualmente sin tabiques y cubierta de un techo de palmas hemisférico o a dos aguas que protege de las lluvias; se levanta sobre el suelo blando de las dunas de arena y de las playas elevadas fuera del alcance de las inundaciones...» (Le Besnerais, 1954, p. 116).

«El tercer tipo se compone de ramas cubiertas con hojas destinadas a proteger de los rayos del sol, se levantan sobre las playas bajas de arena que no se cubren por las aguas.» (Le Besnerais, 1954, p. 116).

Este mismo autor aporta datos acerca de los materiales y de la forma de construcción. «Cuando está en su poder todo el material necesario para la construcción, a saber: 8 piezas de madera flexible, algunas lianas para sujetarlas, fibras para armar el conjunto, palmas de moriche que constituyen el techo, la construcción de la misma no pide más que unos instantes. Cuando todo está levantado, cubren el agujero que hay en el extremo del techo, tapando las juntas de las palmas con tejidos de fibra, y así impedir la entrada del agua.» (Le Besnerais, 1948, pp. 14-15). Ahora bien, los materiales de construcción son los mismos de la época colonial, «... son como caneyes y todas cubiertas de paja o palmas de moriche capaces para alojarse por familias...» (Alvarado, 1966, p. 320). «... han construido algunas cabañas con cañas y peciolos de hojas de palmera...» (Humboldt, 1962, p. 877).

Los campamentos, formados por un número indeterminado de viviendas, tienen una mayor importancia durante la estación de lluvias, y la causa es que en esta época se hace una vida más sedentaria, localizándose generalmente en los lugares altos a donde no pueden llegar las inundaciones. Asimismo, en esta estación las viviendas están agrupadas, a diferencia de la estación seca en la que están mucho más dispersas y localizándose lo más cerca posible de las corrientes de agua.

Artesanías.

Como casi todos los pueblos del mundo los Yaruro hacen su propia cerámica. Es una cerámica bastante simple, ya que solamente tienen «... tinajas para conservar el agua fresca y ollas o platos para hacer la cocina o tomar los alimentos...» (Le Besnerais, 1948, p. 15), siendo además de baja calidad, aunque muy porosa. La fabricación de ésta es uno de los trabajos que está exclusivamente reservado a las mujeres.

Utilizan una arcilla de «... color blanquecino. Generalmente se mezcla con una pequeña cantidad de arcilla roja amarillenta...» (Petrullo, 1939, p. 212). La técnica utilizada es la del enrollado, pues se hacen rollos de arcilla «... colocados unos sobre otros... se aplanan o se alisan con la mano o con la ayuda de un fragmento de concha, aplicándose agua liberalmente...» (Petrullo, 1939, p. 212). Una vez que se han hecho las vasijas, el proceso inmediato es el del secado, que se hace al sol durante dos días, para cocerlas a continuación en un fuego de madera muy fuerte, que es lo que le da la porosidad y las hace muy frágiles.

Generalmente las vasijas no llevan ningún tipo de decoración, si exceptuamos las jarras para el agua, que en su parte superior llevan una decoración a base de bandas de dibujos geométricos hechos con pintura roja.

Otra de las artesanías es la cestería, haciéndose principalmente cestas que se utilizan para recoger la cosecha, para la recolección de raíces, semillas, frutos, etc., para transportar el pobre ajuar doméstico cuando se trasladan de un lado a otro de su territorio en la estación seca, etc. Son de diferentes tamaños y el método más utilizado para transportarlas es por medio del mecacapal, es decir, una banda frontal que deja la cesta colgando por la espalda.

El material preferido es la corteza interior de la palma de moriche y macanilla. Hay un tipo de cestas que solamente se utiliza una o dos veces y que se hace con una sola hoja de palma. Sin embargo, se encuentra otro tipo, más finamente acabado, que se utiliza más veces y se hace con la técnica del zig-zag. Algunas veces puede llevar alguna decoración hecha a base de dibujos esquemáticos empleando varios tejidos.

La manufactura de hamacas o chinchorros es de gran importancia, pues ya en la época colonial Alvarado y Cortés dan noticias sobre ellas. Es una labor exclusiva de los hombres, aunque la preparación de las cuerdas con que se ha de tejer puede hacerse indistintamente por el hombre o por la mujer. La fibra utilizada para hacer las cuerdas es la misma que se emplea en la cestería, la corteza interior de la palma de macanilla o moriche, aunque se deja secar y se separan las hebras una por una, «... las largas fibras se humedecen y retuercen juntas en dos y tres en una cuerda enrollándolas en el muslo con la palma de la mano...» (Petrullo, 1939, página 208), obteniéndose de esta forma las cuerdas con que posteriormente se tejen las hamacas.

Las hamacas se tejen con la técnica de nudos de red y se hacen en un telar «... de dos postes clavados en la arena a los que se sujeta dos piezas transversales en el extremo superior e inferior. Enrollándose la cuerda entonces alrededor de estas piezas transversales...» (Petrullo, 1939, p. 208). Estos chinchorros más que utilizarse para dormir sirven para sentarse o como cuna para los niños.

Las artesanías que se hacen con madera están limitadas a unos pocos utensilios de uso doméstico, como son morteros con su correspondiente mano que tienen forma de artesa y se utilizan para machacar la semilla de la chigua, unas paletas que sirven para preparar los alimentos, y unas pintaderas con dibujos geométricos para la pintura facial de las mujeres. Sin embargo, el trabajo más importante es el de la fabricación de canoas, ya que éstas prácticamente son su único medio de transporte.

Las canoas se construyen de «... un tronco de árbol excavado y abierto después por el fuego. Esto proporciona a estas embarcaciones una estabilidad y una calidad muy variables...» (Les Besnerais, 1948, p. 16), «... son inestables, difíciles de maniobrar, y se abrirán fácilmente. No se utiliza ningún travesaño para reforzarlas...» (Petrullo, 1939, página 203). Generalmente miden alrededor de 5 metros de largo, y se manejan por medio de remos, que son de dos tipos: «... Los remos largos miden aproximadamente 1,25 metros; los más pequeños escasamente un metro. Están hechos tan tos-

camente como las canoas y aumenta las dificultades de remar.» «Petrullo, 1939, p. 204).

Pero a pesar de todas estas dificultades, tanto los hombres como las mujeres son excelentes caoneros, pues aprenden desde muy pequeños su manejo. «El timonel se sienta generalmente en la proa, especialmente cuando van río abajo y hay un remero remando detrás de él. El remero en la popa, realmente es el que proporciona la fuerza motriz. Los Yaruros reman sentándose en el suelo de la canoa sobre varios travesaños sin apoyar la espalda o los pies...» (Petrullo, 1939, páginas 210-211).

En lo que se refiere a las armas, los Yaruro son de una gran pobreza, ya que solamente tienen el arco y la flecha, que se utilizan para cazar, pescar, etc., aunque en los últimos años algunos pueden obtener el machete de los llaneros.

Tienen cuatro tipos diferentes de flechas, pero un solo tipo de arco que «... se hace de madera de macanilla o de mahaguillo... medirá... cerca de 1,50 metros. La superficie interior del arco generalmente es plana, y la exterior curvada. La anchura máxima es aproximadamente de 4 cms. y su grosor menos de 2,5 cms... No se refuerzan a menos que muestren signos de resquebrajamiento... La cuerda del arco se ata... con tres nudos...» (Petrullo, 1939, p. 204).

El uso que se da a cada tipo de flecha es diferente, así existe una para pájaros que puede tener la punta de hueso o una protuberancia de madera. Para pescar «... hay una de metal, aproximadamente de 10 cms. de largo, teniendo un lado de gancho que mide desde la punta cerca de 13 cms. También puede utilizarse para animales más pequeños...» (Leeds, 1962, página 600). El tercer tipo se utiliza «... para animales más grandes como venados y cabiay. Tiene una hoja de cerca de 15 cms. de largo en forma de hoja de laurel y, actualmente, hecha en acero. En la base de hoja se fija una pequeña pieza cruzada para evitar que la preciada hoja al penetrar profundamente en el animal, si escapa, se lleve la flecha...» (Leeds, 1962, p. 600). El cuarto tipo «... se utiliza para tortugas, caimanes u otros animales que se sumergen, la cabeza es corta y fuerte con un afilado gancho retorcido. Toda la cabeza de metal se ata a una cuerda, y ésta a su vez se ata

al astil de la flecha, de la que se separa la cabeza. Al separarse, el astil flota y la caza puede ser seguida...» (I. ceds, 1962, p. 600).

Cada hombre se hace sus propias puntas de flecha con el hierro que actualmente puede obtener, dando la forma a base de golpes con una piedra especial que ellos tienen. Antiguamente las puntas de flecha se hacían de piedra, hueso o concha.

Indumentaria y adorno.

La indumentaria es de una gran simplicidad, pues van prácticamente desnudos. Los hombres utilizan camisa y pantalón y frecuentemente sólo los pantalones. Las mujeres, una especie de vestido, que cuando están trabajando en el campo se lo quitan, y debajo de él llevan todavía «... el ceñidor a la antigua usanza, que se hace de las fibras de la palma de moriche. Las fibras, que tienen cerca de 60 cms. de largo, se unen en un extremo. Este extremo se pasa por una cuerda de pelo atada alrededor de la cintura, y toda la masa de fibras pasa entre las piernas y bajo la cuerda de la cintura...» (Petrullo, 1939, p. 213). Esta pieza se ha mantenido a través del tiempo, y esto podemos comprobarlo en el relato de Bueno que dice «... ellas traen el guayuco encarnado, que es una madeja de hilo de moriche, parecida a la de cáñamo...» (Bueno, 1965, p. 138).

Los hombres actualmente utilizan también el taparrabos debajo de los pantalones, aunque el uso de la camisa y, sobre todo, de los pantalones no es de tiempos recientes, pues «... gastan guayuco [taparrabos] ... y algunas veces se ponen calzón de coleta o lienzo Reinoso, y en lugar de camisa una como manta del mismo género...» (Bueno, 1965, p. 138).

Según Kirchhoff, «El primitivo vestido de los hombres consistía en un taparrabos, sostenido en su sitio por una cuerda de fibras atada alrededor de la cintura, y cinturones anchos de fibra...» (Kirchhoff, 1948, p. 458), que eran tejidos por las mujeres.

El adorno más importante que utilizan los Yaruro es la pintura corporal, que se ha mantenido a pesar de los cam-

bios sufridos por estos grupos. Ya Cortés dice que «... las personas adultas de ambos sexos usan del colorido, y se pintan de encarnado y negro.» (Cortés, 1964, p. 515) y más adelante continúa «... el lujo de las mujeres consiste en pintarse la cara con una pasta roja que se trae del Alto Orinoco...» (Cortés, 1964, p. 518).

Humboldt también hace referencia a este tipo de adorno, que se hace con la pasta que llaman *Onoto* o *Achote* y da una descripción de la forma como la preparan. «... Es la materia colorante que se extrae de la pulpa de la Bixa Orellana. Para preparar el Onoto, las mujeres indianas echan la semilla de la planta en un tina llena de agua; baten el agua durante una hora, y entonces dejan que se deposite quietamente la fécula colorante, que es de un rojo ladrillo muy intenso. Después de haber apartado el agua, se retira la fécula, se le exprime entre las manos, amasánla con aceite de huevos de tortuga y forman de ellos tortas redondas de tres a cuatro onzas de peso...» (Humboldt, 1962, p. 990).

Hoy día todavía las mujeres se pintan la cara «... con sellos de madera, que se mojan en pasta ocre-rojo o tinte azul y el dibujo se estampa en la cara. Los dibujos son por completos geométricos y rectilíneos» (Petruccio, 1939, p. 260).

No tienen mutilaciones como adorno, únicamente las mujeres «... llevan agujereada la ternilla de las narices, y atraviesan por ella un agujón de metal o de hueso; hacen otro igual por el labio inferior y colocan en él, porción de alfileres, con las cabezas inclinadas a las encías...» (Cortés, 1964, p. 518), pero este tipo de adorno aún perdura, exactamente igual, con la única diferencia de que sólo se perforan el labio.

Otro tipo de adorno femenino son los collares hechos con semillas y con pequeñas figuras de azabache, éstas generalmente son motivos zoomorfos que se tallan por los hombres.

Por último, Cortés hace referencia a lo que él piensa que es un adorno de prestigio, «... Los hombres condecorados de de la tribu, se distinguen por la chorrera de polvo, que les cae hasta la barba: éste se hace de una especie de frutas llamadas *ñopo*, que se crían en unas bayas, y después de secas se mezclan con caracoles quemados; y producen el polvo refe-

rido; del cual se sirven los naturales en un platillo terso de madera y lo sorben por medio de un tubo agujereado por la parte inferior, con dos conductos en la superior que rematan en dos virolas, y lo introducen en las ventanas de las narices...» (Cortés, 1964, p. 518).

Debemos poner objeciones a esta descripción dada por Cortés, ya que este polvo no se utiliza como adorno, sino que se utiliza como narcótico. Humboldt tiene una descripción detallada del uso del ñopo como narcótico entre los Otomacos, y aunque no hayamos encontrado ninguna referida a los Yaruro, debemos pensar que también le daban este uso. Según Humboldt, «... logran este estado de embriaguez especial, de locura, podría decirse, por el uso del polvo *niopo*. Ellos recogen las largas cáscaras de una mimosácea que nosotros hemos hecho conocer bajo el nombre de *Accacia niopo*; la despedazan, la humedecen y la hacen fermentar. Cuando la semilla ablandada empieza a ennegrecerse, la amasan como una pasta; y, después de haberle mezclado harina de yuca y cal sacada de la concha de una Ampularia, exponen toda la masa a un fuego muy intenso sobre una parrilla de madera dura. La pasta endurecida toma la forma de pequeñas tortas. Cuando uno quiere tomarlas las reduce a polvo muy fino, y la pone en un plato de cinco a seis pulgadas de largo. El otomaco sostiene este plato que tiene un mango, con su mano derecha, mientras respira el *niopo* con la nariz, a través de un hueso bifurcado de pájaro, cuyas extremidades terminan en su nariz. El hueso sin el cual el otomaco no creería poder tomar esta especie de tabaco en polvo, tiene unas siete pulgadas de longitud...» (Humboldt, 1962, p. 1014). En esencia podemos ver que es la misma preparación y uso que le dan los Yaruro, según Cortés, pero como adorno de prestigio.

En un próximo artículo terminaremos este informe etnográfico de los Yaruro, con la organización social, política, religión y mitología de este grupo.

BIBLIOGRAFIA

- Alvarado, Eugenio de.
 1966 Informe reservado sobre el manejo y conducta que tuvieron los padres jesuitas con la expedición de la línea divisoria entre España y Portugal en la Península Austral y orillas del Orinoco. En *Documentos Jesuíticos...* Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, vol. 79, pp. 217-333. Caracas.
- Bucno, P. Ramón.
 1965 *Tratado histórico y Diario de P. Ramón Bueno sobre la provincia de Guayana*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, vol. 78. Caracas.
- Carvajal, Fray Jacinto.
 1956 *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*. Grandes Libros Venezolanos. Caracas.
- Caulin, Fray Antonio.
 1966 *Historia de la Nueva Andalucía*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Vols. 81 y 82. Caracas.
- Cortés Madariaga, José.
 1964 *Diario*. Viaje de don José Cortés Madariaga por el río Negro, Meta y Orinoco. En *Relaciones Geográficas de Venezuela*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Vol. 70, páginas 497-531. Caracas.
- Gilij, Felipe Salvador.
 1965 *Ensayo de Historia Americana*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Vols. 71, 72 y 73. Caracas.
- Gumilla, Joseph.
 1741 *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geographica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*. Madrid.
- Humboldt, A. de.
 1962 *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Bibliotheca Indiana. Vol. IV, pp. 563-1120. Madrid.
- Kirchhoff, Paul.
 1948 Food-gathering tribes of the Venezuela Llanos. *Handbook of South American Indians*. Vol. 4. Bulletin 143. pp. 445-468. Washington.
- Le Besnerais, Henry.
 1948 Algunos aspectos del río Capanaparo y de sus indios Yaruros. *Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle*. Número 21, pp. 9-20. Caracas.
 1954 Contribution à l'étude des indies Yaruro (Venezuela). *Journal de la Société des Américanistes*. Vol. XLIII, pp. 109-121. Paris.
 1962 Contribution à l'étude des Indies Yaruro et Otomaco (Venezuela). Suite II. *Bulletin Société Suisse des Américanistes*, Vol. 24, pp. 7-25. Genève.
- Leeds, Anthony.
 1960 The ideology of the Yaruro indians in relation to socio-economic organization. *Antropológica*. Núm. 9, pp. 1-10. Caracas.

- 1962 Ecological determinants of Chieftainship among the Yaruro Indians of Venezuela. *Akten 34th Internationaler Kongress der Amerikanisten*, pp. 597-608. Viena.
- 1964 Some problems of the Yaruro ethnohistory. *35th International Congress of Americanists*. Vol. 2, pp. 157-175. México.
- Petruccio, Vicenzo.
- 1939 The Yaruros of the Capanaparo River, Venezuela. *Anthropological Papers*, núm. 11. *Bulletin of Bureau of American Ethnology*. Núm. 123. pp. 161-290. Washington.
- Rivero, Juan.
- 1956 [1736] *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y de los rios Orinoco y Meta*. Biblioteca de la Presidencia. Bogotá.

Museo Nacional de Etnología.
Madrid.

